

# No hay cheque en blanco

Si Adolfo Suárez cree que por haber frenado la moción de censura socialista contra el Gobierno aquí no ha pasado nada, se equivoca. Si Felipe González supone que por el hecho de haber presentado una moción de censura ha pasado a convertirse en la única alternativa a Adolfo Suárez, también se equivoca. El debate de estos días pasados ha deparado a la opinión tres enseñanzas principales: primera, que el presidente Suárez tiene la necesidad urgente de volver a conectar con las aspiraciones de sus electores, que son, a fin de cuentas, la fuente de su poder. Segunda, que la alternativa socialista está más lejos de lo que nos quería hacer creer la propaganda interesada, aunque es forzoso decir que los esfuerzos de Felipe González por acercarse a posiciones de moderación han sido muy considerables. Y tercera, que se han terminado definitivamente los consensos, entendidos como los trapicheos al margen de las instituciones y como fórmula de sustitución de la voluntad popular por los acuerdos más o menos indecorosos entre dirigentes. De todo lo cual se deduce que o Adolfo Suárez cambia su comportamiento en su partido, en el Gobierno, en el Parlamento y en la calle, o la alternativa, al no venir de la mano de los socialistas, habrá de surgir del seno de UCD.

La moción de censura estaba mal planteada desde su raíz, porque al partir de la base de que era prácticamente seguro su fracaso quedó convertida en una maniobra política de distanciamiento socialista de la etapa del consenso, y en una mera operación de desgaste de la imagen del presidente. Desde el momento que Felipe González lanzó la moción de censura al ruedo parlamentario se distorsionó lo que en puridad constitucional era la función de una acción de esta naturaleza, que no es otra que la sustitución de un Gobierno sin elecciones gracias a la formación de una nueva mayoría parlamentaria. En estas condiciones, el discurso de «investidura» del líder socialista pasaba a no tener otro objeto que el de dar testimonio de que los socialistas tienen un programa alternativo.

No puede decirse que Suárez haya salido triunfador de este lance. Resistir una moción de censura perdida de antemano no es, en realidad, ningún triunfo. Por el contrario, este episodio ha sacado a la luz una porción de deficiencias en su manera de gobernar de las que habrá de tomar muy buena nota si tiene la sensatez de un político responsable. Este es el momento en que el presidente ha de modificar sus hábitos personalistas, ha de permitir y favorecer la democracia interna en su partido, ha de ser el líder resultante de una amplia cantera en lugar de ser el único superviviente de un campo político devastado y yermo, ha de comparecer con mayor naturalidad y sin tanto acompañamiento dramático ante el Parlamento, ante la Prensa y ante el país. Ha de olvidarse para siempre de lamentar que sus silencios «han sido mal interpretados». El experimento de John Cage encerrando a un nutrido auditorio en una sala de conciertos para que oyese «los matices del silencio» acabó en una explosión de indignación colectiva. Y se trataba sólo de música.

Pero Felipe González, por su parte, tampoco ha ganado, evidentemente, si por tal cosa se entiende el haber llegado al Gobierno. Su programa moderado va a

favorecer su imagen en un sector de su partido —ya veremos lo que opina el otro sector— y significa, posiblemente, un nuevo empujón hacia la conversión del PSOE en un partido socialdemócrata a la europea, cosa que nos congratula, desde luego, aunque nosotros, como es obvio, no creamos que un Gobierno así sea el referible. González ha jugado fuerte, y lo que hemos visto es que a su alternativa le falta todavía mucho camino para que pueda ser considerada con seriedad como viable.

Por primera vez desde la transición, el resultado de este debate no termina en un nuevo cheque en blanco para el presidente Suárez. Ahora, si no modifica sustancialmente sus comportamientos, se pondrá en marcha inexorablemente el mecanismo de su sustitución como líder de Unión de Centro Democrático. Y no cabrá hablar de traiciones ni de deslealtades. Las cosas están ya muy claras para que podamos ver que, de seguir las cosas como hasta hoy, los desleales no serían, precisamente, quienes intentasen mantener enhiesta la bandera de unas ideas en lugar de las adhesiones inquebrantables a una persona.

Aunque tarde, y no del todo bien, el debate de la moción de censura ha producido un fruto evidente: los acuerdos por debajo de la mesa, las cartas en la manga y las operaciones de seducción política en los reservados de los restaurantes han muerto de muerte natural.—PUBLIUS.